

Alicante

TESORO LÍQUIDO (IX)



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz Lorente

ESCENA XVI
AGUA EMBALSADA

Cristóbal Garavelli Antonelli contempla desde la cima del Mos de Bou el pantano, que contiene 60 palmos de agua a pesar de que aún no está rematado el muro.

Las lluvias fueron tan copiosas durante la segunda semana de octubre, que en tres días habíase recogido 40 palmos de agua. También hoy, último día del año 1593, el cielo amenaza con descargar un fuerte aguacero donde está el nacimiento del río, hacia poniente, donde los nubarrones son negros y ruidosos.

Cristóbal había regresado el día anterior de un breve viaje a Valencia, adonde había marchado precipitadamente dos semanas atrás al enterarse de que había fenecido su hermano **Francisco**, a los 36 años, después de que unos desconocidos le asaltaran y acuchillaran de noche en una calle solitaria. El gobernador alicantino le dio licencia para partir, pero a regañadientes y advirtiéndole de que debía volver antes de final de año, pues era importante que estuviese presente en el pantano, dirigiendo el remate del muro. Nada parecía preocuparle su ausencia sin embargo para otro asunto de igual importancia: el reparto del agua embalsada, a pesar de que el rey había ordenado al gobernador que se ayudase de él en tal menester.

Llovizna cuando Cristóbal comienza el descenso del Mos de Bou. Lo hace sin apenas levantar la mirada del sendero, concentrado en sus pensamientos. Lleva varias semanas preocupado por la forma como el gobernador **Álvaro Vique** está planeando el reparto de agua. Al principio, cuando el rey le hizo el encargo, el gobernador le llamó a menudo a Alicante para consultarle dudas. El reparto de agua debía ser justo con la cantidad de tierras cultivables que poseía cada propietario. Pero las llamadas y consultas fueron haciéndose más esporádicas, hasta que se interrumpieron. La última



Vista aérea parcial del pantano de Tibi.

RAFA ARJONES

fue a finales de noviembre.

Antes de partir desde el puerto hacia Valencia y, a su regreso, antes de venir hacia el pantano, Cristóbal había pernoctado en casa de **Pedro Pasqual de Bonanza**, el cual le contó el descontento generalizado que había entre los dueños de tierras en la huerta, por el modo como se comportaba el gobernador sobre el reparto del agua embalsada, arbitrario al parecer cuando se trataba de personas que se habían manifestado reacias a la construcción del pantano.

Pero esta preocupación se difumina de la mente de Cristóbal cuando, poco antes de llegar al pantano, oye unos ruidos a su alrededor que le hacen ponerse en guardia. Son ruidos de pisadas no muy lejanas, pero como no alcanza a ver a nadie, se inquieta. Si ya antes de marchar él a Valencia reinaba entre los obreros y sus familiares cierto clima de temor por las apariciones que se decía había habido, en los alrededores del pantano, de una

especie de demonio peludo, gruñidor y cacareador, que vagaba alrededor de las chozas de La Ancornia por las noches arrastrando cadenas, ayer, a su vuelta, el alguacil le había contado que la sensación ahora era de alarma, ya que la hija de uno de los picapedreros hacía tres días que había sido raptada mientras su madre lavaba en la orilla del río. «La madre oyó gritar a la niña mientras era arrastrada hacia el bosque de carrasco por un ser endemoniado, al que no vio muy bien, pero que aseguró era corpulento y peludo». Las batidas que se habían hecho no consiguieron dar con la desdichada. El alguacil había dado aviso al gobernador alicantino, quien había enviado más soldados para vigilar el pantano y los parajes circundantes.

Al cabo de un par de minutos, Cristóbal se relaja al ver que son dos soldados los que se hallan vigilando por donde él camina. Le reconocen, se saludan y luego sigue andando hacia La Ancornia. Es

al llegar a la masía donde se hospeda cuando otra preocupación, aún mayor si cabe, le asalta. Su criado ha encontrado un papel clavado en el portón de entrada con una daga ensangrentada. Es una nota sellada con cera, dirigida al ingeniero Antonelli. Cristóbal lo despliega y a punto está de desfallecer cuando lee lo que hay escrito con letra muy rudimentaria: «Haced caer el muro o muy pronto volveréis a enterrar a un ser querido».

Este mismo día escribe Cristóbal una carta que encarga a su criado llevar incontinenti a Alicante, para que sea enviada cuanto antes a Valencia. En ella pide a sus suegros que lleven lo más pronto posible a su hijo a la barraca que poseen en su pueblo natal, a orillas de la albufera, y que no regresen a Valencia hasta que él les avise.

ESCENA XVII
SALTEADOR EMBOSCADO
Francesc Candela sabía que no po-

El desafortunado «inventor» del pantano de Tibi

Todos los cronistas e historiadores coinciden en señalar a un maestro molinero de Mutxamel como la primera persona que indicó el lugar idóneo donde debía levantarse el pantano que las autoridades

alicantinas deseaban construir para ampliar el riego de la huerta: una garganta por la que pasaba el río Montnegre, formada por los cerros Mos del Bou y La Cresta, en el término de Tibi.

El cronista decimonónico **Viravens** le

llama **Pedro Cano Izquierdo**, pero los historiadores le mencionan como **Pere Esquerdo**, **Pere Izquierdo** o **Pedro Izquierdo**.

Se tiene también como seguro que Esquerdo le comentó su idea al cantero mutxamelero **Miguel Alcaraz** en 1579 y que ambos fueron quienes la propusieron al Consejo de Alicante.

Esquerdo realizó un diseño del pantano, pero al no ser un experto en la materia, **Felipe II**, tras dar licencia para su construcción, pidió que el diseño fuese revisado y reformado por diversos técni-

cos.

Disconforme con las propuestas que presentaban los demás técnicos, Esquerdo remitió varios memoriales al rey y al Consejo alicantino explicando su proyecto y criticando los otros. Pero la obra se comenzó con planteamientos diferentes a los apuntados por él.

Según avanzaba la construcción de la pared del pantano bajo la atenta mirada de Esquerdo, se convenció este de que se estaban cometiendo errores que iban a demorar y encarecer la obra. Dio aviso a las autoridades alicantinas, pero, como no

dría llegar a su casa de Tibi, por lo que se dirigió apoyándose en una muleta (que había improvisado con un dos ramas y un cordel), hacia uno de sus escondites más cercanos, el que había en la ladera del Mos de Bou. Llegó a él casi arrastrándose y de noche.

Aquella mañana primaveral de 1594, Candela se había propuesto asaltar al racional alicantino, quien se dirigía hacia La Ancornia para entregar sus salarios al ingeniero, alguacil y maestros que laboraban en la fábrica del embalse. Ya lo había hecho anteriormente, cuatro meses atrás, aprovechando que el incauto racional iba acompañado únicamente por un criado. Le bastó salir a su paso apuntándoles con un cachorrillo, para que ambos hombres detuvieran sus cabalgaduras, arrojaran al suelo sus armas y le entregaran cuanto de valor llevaban encima.

Hoy creyó que le resultaría igual de sencillo hacerse con el botín, pues, oculto entre unos altos matorrales, los vio acercarse por el camino de Tibi escoltados por un único corchete armado con un arcabuz. Junto a Candela estaba su leal compañero Ferotge, un mastín negro y de seis arrobas y media de peso, que hacía honor a su nombre.

Al mismo tiempo que Ferotge detenía a los caballos con sus imponentes ladridos, Candela disparó su ballesta, hiriendo al vigilante de seguridad en el pecho. Cayó este al suelo y tanto el racional como su criado quedaron paralizados por el pavor. Delante de él volvía a estar

aquel salteador de imponente estatura, barbudo y disfrazado como de ave gigantesca. A su vera se colocó su feroz perro, formándose entrambos una figura única y horrible. Obedecieron prestos a desarmarse y se hallaban a punto de desprenderse de las bolsas donde portaban el dinero, cuando llegaron de improviso y al galope, por ambos lados del camino, una decena de soldados armados con picas, espadas y arcabuces.

Candela corrió hacia los matorrales al tiempo que avisaba a Foratge para que le siguiera, pero este fue herido en el vientre por un certero arcabuzazo y quedó gimiendo en mitad del camino, hasta que fue despanzurrado por la caballería.

Logró internarse Candela en el bosque, herido en un costado por una saeta. Los soldados le persiguieron a caballo y a pie durante un buen rato, pero Candela, buen conocedor del paraje, consiguió escabullirse, aun cuando una caída desde lo alto de un risco le ocasionó una profunda herida en la pierna derecha.

le hicieron caso, se dirigió repetidas veces al rey. Al final, la obra hubo de paralizarse por falta de dinero.

A pesar de haber sido el promotor del proyecto primigenio, Esquerdo solo consiguió trabajar en la obra como abastecedor, cargo que abandonó debido a la corrupción y a los robos de dinero y de material que se cometían.

Fue llamado para que participase en la reunión de técnicos que se celebró para aunar planteamientos, antes del reinicio de las obras, el 7 de diciembre de 1587.

Fueron muchas las cartas que en-



ILUSTRACIÓN DE ALFREDO CAMPELLO, COFUNDADOR DE ALICANTE VIVO

Leyenda de la Quarantamaula

Existe en Tibi y sus alrededores una antigua leyenda que habla de un ser monstruoso, una especie de demonio, medio humano y medio gallina, con la mitad del cuerpo cubierto de plumas, de largas patas y cuello como el de un buitre, que tenía su guarida entre los cañaverales del pantano, donde se decía que guardaba un tesoro fruto del saqueo. Causaba espanto entre los habitantes del pueblo porque raptaba a los niños y niñas pequeños, entrando incluso en sus casas por las noches, aprovechando que sus padres estaban distraídos o dormidos. Por eso, cuando se le oía vagar por el pueblo o por los alrededores, haciendo un ruido semejante al que producen unas cadenas arrastradas, los tibe-

ños se encerraban en sus casas aterrorizados. Le llamaban Quarantamaula.

En otras comarcas del sur valenciano, este ser fantástico es conocido con otros nombres, como Cucamaula, Quicamaula o Corantameula (en Onteniente) y se le confiere otras formas. Por ejemplo, en el valle de Albaida se dice que es una bruja que adopta la apariencia de un gato negro, subiéndose a los tejados de las casas para mejor vigilar a sus indefensas presas.

Al igual que el coco, el hombre del saco o el sacamantecas, el o la Quarantamaula (el sexo difiere según su aspecto) es un personaje del folclore infantil, en este caso valenciano, que tradicionalmente ha servido para asustar a los niños traviesos y obligarles a obedecer.



Grosor del paredón del pantano. MORELL/EFE

vió a Felipe II lamentándose de no ser reconocido como «primer inventor» del pantano y pidiendo ayuda económica que com-

pensara los gastos y el tiempo que había invertido en el proyecto.

En el memorial que remitió al rey en no-

Recogida de agua antes de acabar las obras del pantano

Para hacer frente a los gastos de la construcción del pantano de Alicante, el Consejo de la ciudad encargó el 11 de julio de 1593 al síndico **Cristóbal Martínez de Vera** que tomase a censo otras 2.100 libras valencianas.

A finales del mes siguiente, la pared del pantano alcanzó los 160 palmos de altura, razón por la cual **Felipe II**, siguiendo el consejo del director de las obras, el ingeniero **Cristóbal Garivelli Antonelli**, y del veedor de cuentas **Melchor Pérez de Vivero**, ordenó por carta al gobernador alicantino que cerrase el pantano sin detener las obras, con el objetivo de aprovechar las avenidas de los meses de agosto y septiembre, embalsando las aguas. Se esperó al otoño para cumplir con la orden del monarca, época más idónea por las lluvias. Lo que fue un acierto, ya que el pantano se cerró el 13 de octubre de 1593 y, durante los siguientes tres días, se recogieron 40 palmos de agua.

Un mes más tarde, el 11 de noviembre, el rey mandó que se embetunase la pared del pantano para su mejor conservación. También ordenó Felipe II al gobernador que, ayudado por el ingeniero Antonelli, estableciera el reparto del agua recogida «guardando toda igualdad entre los que tienen tierras debajo de dicho riego». Al mismo tiempo, recomendaba Felipe II la construcción de nuevos partidores para la toma de agua y se reformasen las antiguas acequias. Probablemente, estas órdenes y recomendaciones del monarca procedían del arquitecto real **Juan de Herrera**, pues se sabe que en las postrimerías de las obras del pantano realizó algunas observaciones acerca de los medios precisos para una mejor conservación de la presa.

El 12 de noviembre de 1593 remitió Felipe II una carta al Consejo de Alicante expresando su complacencia por la próxima conclusión del pantano. Pero como el remate de la obra superaba en gasto los 4.000 ducados que poseían en ese momento las arcas municipales, según había calculado el veedor Pérez de Vivero, el rey daba licencia al Consejo para que siguiese endeudándose con censales (de 2.000 en 2.000 ducados) y así poder pagar a los obreros. El Consejo alicantino remitió el 23 de enero de 1594 una carta a Felipe II lamentándose del modo como el gobernador **Álvaro Vique Manrique** estaba procediendo en el reparto del agua embalsada para el riego de la huerta, rogándole que encomendase esta labor «a personas de conciencia y no apasionadas».

viembre de 1593, además de proponer la manera de reparar el azud, acequias y partidores nuevos, así como un modelo de financiación de la obra, suplicaba se le concediese el cargo de repartidor de agua, con un salario competente, ya que había gastado toda su hacienda en el estudio del proyecto del pantano, hasta el extremo de no poder mantener a su mujer y siete hijos. Al igual que en anteriores ocasiones, no se le concedió ayuda alguna, por lo que en abril de 1594 insistió en su súplica en otra carta dirigida al monarca. Este se limitó a trasladar la petición de Esquerdo al gobernador alicantino.